

nos, a causa de su quimera universalista.

Hoy podemos comprender que también en esto tenía razón el gran visionario, y que hasta como maestro de política podemos levantar los ojos hacia este piloto de almas, que, en pie sobre la prora de su barca, sigue amonestándonos con la sublime «orazion picciola» de Ulises, amonestándonos a osar lo inosado.

Considerate la vostra semenza:  
Fatti non foste a viver come bruti,  
Ma per seguir virtute e conscenza.

«¡Considerad vuestra simiente! Hechos no fuisteis para vivir como bes-

tias, sino para seguir virtud y conocimiento».

RICARDO BAEZA

Londres, 14 de setiembre de 1921.

P. S.—Convendría que el lector no confundiese la concepción universalista de Dante con tantos imperialismos codiciosos como han andado y andan sueltos por esos mundos del Señor, más o menos so capa de fundar la bienaventuranza terrena. Es fácil, pero no es discreto especular con el pensamiento posible de los que no pueden ya manifestarlo. Sin embargo, quizás no sería excesivo imaginar que Dante habría desaprobado el sueño napoleónico, y es probable que tampoco hubiese creído demasiado en la misión providencial del Imperio británico.

(*El Sol*, Madrid).

## DISCURSO

de José Joaquín Casas en la colocación de una losa conmemorativa del Centenario de Dante en la Casa de la Academia Colombiana de La Legua.

*Excelentísimos e Ilustrísimos señores, caballeros:*

ENTRE aquella iglesia franciscana de la antiquísima ciudad de Ravena, donde por fin halló descanso el gran fugitivo de Florencia, y este palmo de tierra superandino donde ahora nos congregamos para rendir homenaje a su memoria, se interpone toda la anchura del océano, con muchas leguas de uno y otro continente: se interpone un mundo. Del día, igual a éste, en que pobre y acompañado de pocos, pero bien aparejado de consuelos, partió para el segundo, el viaje sin regreso, aquel gran viajero de la *Divina Comedia* nos separan seiscientos años: toda una edad. DANTE ALIGHIERI está ahora aquí vivo en espíritu en medio de nosotros. Horas hay, como ésta, en que palpamos con sobrecogimiento, porque nos hiere con desacostumbrada fuerza, la vida inmortal del espíritu, y sentimos golpear en el corazón el oleaje de la eternidad. He aquí vencidos el tiempo y el espacio, esos que por todos lados estrechan, confunden y acongojan nuestra pequeñez: vencido el espacio, aquel que hace seis mil años trae sudorosa y jadeante a la humanidad, empeñada en dominar o vencer las distancias por todos los medios concebibles, desde el pródigo camello o la pesada yunta hasta el audaz aeroplano que anhela remontarse al empuje; el espacio, que tantas veces nos separa de nuestros seres predilectos, del dulce rincón en que nacimos, del hogar de nuestros padres, de las maravillas de la naturaleza o del arte, de tantas cosas con que soñamos suspirando, sin esperanza de verlas nunca;

vencido el tiempo, aquel que deslizándose inaprehensible e irreparable quiere devolvernos a nuestra «antigua nada», y nos deforma y marchita, y agosta en flor todas nuestras ilusiones; aquel que roe las bases de todos los imperios y de todas las instituciones, y por quien la vida del hombre es un perpetuo gemir sobre las ruinas. Trescientos millones de hombres asisten hoy, a una misma hora, al sepulcro del altísimo poeta, donde le ven aparecer, como cumple a quien, después de haber cruzado

Per tutti i cerchii del dolente regno,  
regresa de ultramundo de contemplar

L'alto trionfo del regno verace,  
con aspecto melancólico y pensativo, los ojos grandes, la mirada profunda, enjuto el cuerpo, el semblante demacrado por la meditación y los dolores, y en todo

Mostrando la severa compostura  
Que sólo en almas superiores cabe;  
Prestando majestad a su figura  
El lauro de oro en la anchurosa frente  
Y la talar y roja vestidura;

Rasgando con su vista soberana  
La densa oscuridad, como avezado  
A penetrar en la conciencia humana  
Y a ver hasta en el pecho más cerrado  
La insomne incertidumbre del delito  
Y la muda vergüenza del pecado;

De boca reprimida, extraña al gozo,  
Como empeñada en detener el paso  
A justa maldición y hondo sollozo;  
De aguileña nariz, de rostro raso  
Y enjuto, de mirada penetrante  
Como una espada y tan temida acaso,

según nos lo ha descrito un gran poeta de nuestra lengua, digno de compren-

derlo e interpretarlo. Así lo vemos nosotros destacarse de esta losa de mármol: como lo veían las doncellitas y los niños de Verona, que reparando en su barba y cabellos crespos y curtido rostro, y creyéndolos chamuscados por el fuego y el humo de allá abajo, cuchicheaban mostrándolo con el dedo: *Mirad, este es el hombre que vuelve del infierno*. Así lo representan la tradición y el arte, empeñados en mantenerlo más y más vivo: prófugo del mundo, buscando anheloso la paz, la paz tanto tiempo suspirada, absorto en la tristeza de quien sabe por larga experiencia

come sa di sale  
Lo pane altrui e com' è duro calle  
Lo scendere e il salir per l'altrui scale;

llevando enrollado entre las manos el poema sacro en que han puesto mano cielo y tierra y que por tantos años lo ha enflaquecido; aislado y taciturno en su encumbramiento doloroso, como el cóndor andino en la braveza montaraz de su peñasco solitario.

Ahí está DANTE ALIGHIERI. ¿Y en qué consiste la grandeza singular de este hombre que sin cetro, ni espada ni cátedra, así se sobrevive y se impone a la admiración de los tiempos, y, después que ha caído sobre su sepulcro el polvo de seis centurias, se incorpora en él, coronado con el laurel resplandeciente, y recibe como si fuera un rey los homenajes de tantas naciones? ¿Por qué la inmensa popularidad de este hosco e inaccesible personaje de la Edad Media? Su idioma conciso y arcaico, sus símbolos misteriosos, sus intrincadas alusiones no están al alcance sino de pocos. Ciertamente; pero el jugo de sus pensamientos y las fórmulas imaginativas, fórmulas imperecederas en que está vertido, son el néctar de los espíritus selectos; su obra es el sondeo luminoso de todos los abismos del alma, es la radioscopia del corazón, es el estudio en formas palpitantes de todos los grandes problemas de la conciencia humana y su solución definitiva y refulgente de amor, de sabiduría y de hermosura. ¿Y qué persona medianamente culta no sabe cómo allá en lo oscuro de otros siglos hubo un hombre harto audaz que se aventuró a penetrar en vida por los reinos ultramundanos y arrebatarles su secreto de dolor sombrío sin esperanza, de esperanza sollozante en la penumbra de la expiación, de gloria en flor eterna, en rosa de perpetua lumbre? ¿Quién no halla la sugestión simbólica de la selva oscura, aquella selva en que todos entramos

En mitad del camino de la vida;

y de las tres espantables fieras que salen a estorbar al hombre el ascenso por el collado salvador